

INTER NACIONALISMO O EXTINCIÓN

**NOAM
CHOMSKY**

 BIBLIOTECA
MASA CRÍTICA
CLACSO

 **CLACSO**

**INTER
NACIONALISMO
O
EXTINCIÓN**

INTERNACIONALISMO O EXTINCIÓN

NOAM CHOMSKY

TRADUCCIÓN DE PAULA VASILE



**INTERNACIONAL
PROGRESISTA**



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Paula Vasile - Traducción

Pablo Amadeo - Dirección de arte y diseño editorial

Chomsky, Noam

Internacionalismo o extinción / Noam Chomsky; prólogo de Alicia Castro.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO;

Amsterdam: TNI - Transnational Institute, 2020.

Libro digital, PDF - (Masa crítica)

Archivo Digital: descarga

Traducción de: María Paula Vasile.

ISBN 978-987-722-762-8

1. Capitalismo. 2. Globalización. I. Castro, Alicia, prolog. II. Vasile, María Paula, trad. III. Título.

CDD 327.101

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Estados Unidos 1168 | C1023AAB CABA | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Este libro se realizó con el apoyo de Transnational Institute



NOTA EDITORIAL

Un mundo que atraviesa un tiempo de intensas transformaciones requiere ser pensado en sus asuntos más acuciantes: las múltiples formas en que se ejerce la violencia, el incesante aumento de la desigualdad, los daños al ambiente y a los seres que habitan la Tierra, la violación de los derechos humanos, la militarización de los territorios o el impacto de una pandemia sobre el tejido social, especialmente en sus sectores más vulnerables.

Lejos de documentar el pesimismo, aspiramos a construir herramientas teóricas para transformar las situaciones de injusticia en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.

El **Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales**, con el apoyo del **Transnational Institute**, pone a disposición de las y los lectores una nueva colección de textos breves con los cuales esperamos contribuir a entablar diálogos tanto en torno a nuevos y viejos interrogantes, como a la búsqueda de respuestas originales a los problemas de nuestro tiempo.

La ***biblioteca masa crítica*** reúne a intelectuales que, desde una diversidad de perspectivas y tradiciones teóricas, han contribuido a la forja del pensamiento crítico enlazando reflexiones sobre tópicos y dilemas de nuestro presente histórico.

índice

Presentación por ALICIA CASTRO	11
Internacionalismo o extinción	25

PRESENTACIÓN

ALICIA CASTRO

La Cumbre mundial de la Internacional Progresista estaba planificada para reunirse en Islandia en septiembre de 2020, pero como todos los planes que se hicieron para este año de pandemia, tuvo necesariamente que cambiar. Organizamos un congreso virtual, y en las conferencias inaugurales y reuniones del consejo asesor, que tengo el honor de integrar, estuvimos remotamente instalados en la cocina de Yanis Varoufakis en Isla de Egina –con su bicicleta estacionada entre árboles iluminados por el sol–, en la casa de piedra de Naomi Klein en Canadá y frente a la biblioteca de Noam Chomsky en Tucson, donde ha resuelto mudarse recientemente, atraído por la luz “seca y clara” del desierto de Arizona. Ha tomado un lugar de profesor en el College of Social and Behavioral Science, y desde un modesto escritorio de trabajo, sigue produciendo y enseñando. Cumpliendo cabalmente con “la responsabilidad de los intelectuales”, tema al que ha dedicado un libro; esta responsabilidad deviene de

lo que llama “simples verdades”: los intelectuales son privilegiados, estos privilegios generan oportunidades, estas oportunidades confieren responsabilidades. Entiende que la preocupación básica debe ser la creación y análisis de la ideología. Una tarea importante –agrega– es la de crear un clima intelectual y moral, así como las condiciones sociales y económicas, que permita a su país participar de la producción y desarrollo de un modelo commensurable con su riqueza material y recursos técnicos.

En sus capacidades de lingüista innovador, educador, filósofo, y, sobre todo militante y activista, ha pensado y escrito decenas de libros sobre todos los temas que atraviesan nuestra época; la naturaleza y el lenguaje, la arquitectura del lenguaje, acerca de una nueva concepción de la lingüística y una teoría de la gramática universal; la condición humana, la lucha de clases, la (des)educación, los problemas de Platón y de Orwell, la justicia vs. el poder, los medios de comunicación; ha escrito sobre el socialismo, el anarquismo, el optimismo, y sobre “quién domina el mundo”.

Es también un buen interlocutor y un polemista inspirador. En un célebre encuentro

con Michel Foucault en 1971 en la Universidad de Ámsterdam discurren sobre la naturaleza humana y la forma de producir conocimiento; Chomsky defiende como una de las características intrínsecas y fundamentales de la naturaleza humana el potencial innato para articular nuevos conocimientos mediante el trabajo creativo, la investigación, libre de las limitaciones arbitrarias de las instituciones coercitivas que impidan su realización: esto exige tratar de superar los elementos represivos, opresivos y autocráticos, provenientes de las instituciones económicas y comerciales centrales; allí adelanta el poder que tendrían las grandes corporaciones multinacionales, a las que se otorgaron, más tarde, más derechos que a los individuos.

Propone, como tarea filosófica, trazar la conexión entre el concepto de naturaleza humana capaz de brindar un horizonte de libertad, dignidad y creatividad y relacionarlo con la noción de una estructura social que sea capaz de permitir la plena realización de las capacidades humanas, en una sociedad decente y justa; se refiere a un ideal de sistema descentralizado, con comités de trabajadores, una forma de anarcosindicalismo, como la más apropiada

para una sociedad tecnológica, en que los seres humanos no sean tratados como engranajes de una máquina. Ante el escepticismo de Foucault, Chomsky señala que para lograr una transformación social es de importancia crítica plantear los objetivos imposibles, si esperamos obtener algunos entre los posibles, frase que resuena al lema guevarista –Pidamos lo imposible–. Defendió, también en esa ocasión, la virtud de elaborar teoría, aún en base a conocimientos parciales, en espera de nuevas constataciones empíricas. Chomsky nos propone de-codificarnos, estudiar el funcionamiento de nuestra mente y nuestro cerebro y, además de cuestionar la naturaleza del poder e interpretar el mundo – como la mayoría de los filósofos–nos alienta enérgicamente a transformarlo.

Es raro dialogar con un contemporáneo que haya alcanzado tal grado de fama y reconocimiento, que lo coloca, contra su voluntad, en un lugar de leyenda, y nos da la impresión de encontrarnos con un sabio, sensación que anteriormente experimenté cuando conocí personalmente a Jorge Luis Borges.

Noam Chomsky nos habla ahora, a los 92 años, alarmándonos sobre la inminencia del

Apocalipsis, como si fuera un profeta, advirtiéndome que estamos en un momento único, crítico, de la historia de la Humanidad, con la confluencia de crisis de extraordinaria gravedad, crisis política, social, tragedia medioambiental, desmoronamiento de la democracia. Que a nosotros nos toca, ahora, decidir si continúa o termina la vida humana en el planeta.

Cuando asistí a esta conferencia me pareció exagerado considerar la inminencia del Apocalipsis, pero debo decir que desde entonces hasta hoy, casi todos los días, en algún momento, me digo, a veces en voz alta: “Chomsky tiene razón”.

Al comienzo de la pandemia floreció en el mundo entero un rico debate entre filósofos y científicos sociales, sobre cómo sería la pospandemia y el poscapitalismo. Entre los más optimistas, el filósofo Žižek auguraba que la pandemia le daría un golpe “a lo Kill Bill” al capitalismo y tendría lugar una reinención del comunismo basado en la confianza, en la solidaridad y en la ciencia. El surcoreano Byung-Chul Han respondería que, tras la pandemia, el capitalismo continuará con más pujanza, ya que el virus nos aísla, individualiza, no genera sentimientos colectivos y traerá aparejado más control de los

Estados. El virus no hará la revolución –concluye– hacerla seguirá estando en mano de los hombres y las mujeres de este mundo.

Al comienzo de este debate podíamos colocarnos entre “el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la razón”, pero pasados los meses, vemos que se ha profundizado la desigualdad, la riqueza ha seguido aumentando y concentrándose vertiginosamente en el 1% de la población mundial, mientras millones caen en la miseria y la indigencia. Las esferas del dinero y de las finanzas se han desvinculado del mundo del trabajo y la producción. Aterra comprobar que el capitalismo ya funciona sin depender del consumo. En este momento único, urge analizar un repertorio de propuestas disponibles y tomar medidas radicales, como el salario básico universal, la tasa Tobin que grava actividades financieras, el jubileo de la deuda externa odiosa, un sistema tributario justo y progresivo donde paguen más lo que más tienen. Es tiempo para proponer y exigir grandes gestos de justicia fiscal y grandes gestos de justicia social. Chomsky se preocupa especialmente en esta conferencia del tema tributario –los ricos no pagan impuestos– y de la necesidad de poner fin a las guari-

das fiscales, “paraíso” donde los ricos esconden lo que pertenece a los Estados y corresponde distribuir en servicios entre los ciudadanos y ciudadanas. Frente a esta situación inédita, en la que decidimos, colectivamente, poner en suspenso toda actividad económica y social para cuidar nuestra salud, podríamos haber tomado decisiones colectivas, de igual envergadura, para cuidar la salud del planeta. En cambio, nada se ha hecho y ahora mismo el mundo está en llamas, incendios intencionales están devastando nuestros bosques nativos, exterminando especies, desertificando la tierra.

Nada ni nadie parece detener la perversidad, el fuego, ni las guerras.

Chomsky denuncia los crímenes de guerra cometidos por los Estados Unidos, desde su firme oposición a la guerra de Vietnam llamando a la desobediencia civil, hasta ahora. Se ha ocupado de analizar la participación de los EEUU en los golpes de Estado en América Latina y la cooperación con los gobiernos de facto, el entrenamiento en la Escuela de las Américas de los militares latinoamericanos, entre ellos, de la junta militar que tomó el poder en Argentina entre 1976 y 1983, “los favoritos de Reagan, *the most vicious*”. Agotada la

excusa de Estados Unidos y sus socios en Europa de intervenir ante la presunta existencia de armas químicas sumada a la propaganda de islamofobia, después de haber devastado Medio Oriente en nombre de la libertad, Estados Unidos apela a teorías más sofisticadas, como la “Responsabilidad de Proteger”, un concepto que se usa como un deber moral universal de socorro a poblaciones víctimas de grandes violaciones a los Derechos Humanos y pretende ser incorporado al Derecho Internacional. La primera aplicación de este principio fue en el conflicto libio, y los resultados están a la vista, con la destrucción del que fuera el país más próspero de África. Una apelación a este concepto surge ahora para intentar justificar la intervención en Venezuela, siguiendo paso a paso la matriz Libia: demonización del mandatario, linchamiento mediático, bloqueo de las divisas y consecuente desabastecimiento para crear descontento, actos de violencia civil organizada, creación de un gobierno paralelo y, en ese contexto caótico, justificar la intervención militar. En ambos casos, es obvio señalar, se trató y se trata de apoderarse del petróleo. Chomsky reaccionó presentando ante Naciones Unidas su oposición con ejemplos de las intervenciones militares que se han hecho en virtud

del principio de proteger a los pueblos, y que se han caracterizado por su barbarie. Para Chomsky, esto “abre la puerta para servirse del derecho de protección como arma de intervención imperial, según convenga”, “Nadie piensa hoy en proteger al pueblo de Gaza, lo que es también una responsabilidad de Naciones Unidas. La responsabilidad de proteger tampoco parece alcanzar a los pueblos hambrientos. Éstos suman ya unos mil millones de seres humanos”, denunció.

Defensor a ultranza de la libertad de expresión, y del derecho ciudadano a ser informados, se ha ocupado en el pasado de los *Pentagon Papers*, como hoy del caso del periodista Julian Assange. El creador de Wikileaks es perseguido por habernos revelado los horribles crímenes de guerra y democratizado los secretos de Estado que antes pertenecían a la elite del complejo industrial militar. La Internacional Progresista ha organizado el *Belmarsh Tribunal*, a semejanza del tribunal *Russell-Sartre*, donde una serie de personalidades juzgaron a los culpables de los crímenes contra la Humanidad perpetrados en Vietnam. Es paradójico –signo de los tiempos– que mientras somos víctimas de la multiplicación de noticias falsas, un héroe de la Verdad,

Julian Assange, esté entre rejas, en confinamiento solitario, amenazado con ser extraditado a los Estados Unidos y sufrir una condena de por vida. En un mundo en caos, el apartamiento de las normas democráticas ya no busca un justificativo decente; los gobiernos progresistas en América Latina son secuestrados electoralmente y proscriptos mediante maniobras de *lawfare* con la complicidad de los medios de comunicación, como en el caso de Brasil, Bolivia y Ecuador. En nuestra región ya hemos tenido dos presidentes “autoproclamados” que no fueron elegidos con el voto popular y recibieron de inmediato el reconocimiento de los gobiernos de Estados Unidos y de Europa. Se producen golpes dentro de los propios partidos, como la erosión de Jeremy Corbyn por la derecha del partido laborista en el Reino Unido y de Bernie Sanders dentro del partido demócrata, para marginalizar a los antiimperialistas e impedir que lleguen al poder, aunque gocen del apoyo popular. Se profundiza el saqueo –“La 5 libertad de saquear y explotar”– de las grandes mayorías mediante mecanismos de endeudamiento externo y fuga de capitales, crece la insatisfacción de los pueblos que se vuelcan a demagogos que se

presentan como salvadores, como Trump, Bolsonaro, Modi, que constituyen, una verdadera “Internacional Reaccionaria”.

Chomsky nos alerta sobre la posibilidad cierta del exterminio; nos informa cómo se adelantan las agujas del reloj del Apocalipsis. El Doomsday Clock, también llamado Reloj del Juicio Final, es un reloj simbólico, mantenido desde 1947 por la junta directiva del *Bulletin of the Atomic Scientists* de la Universidad de Chicago, entre ellos 15 Premios Nobel, donde la medianoche representa la “destrucción total y catastrófica” de la Humanidad. El número de minutos para la medianoche –que mide el grado de amenaza nuclear, ambiental y tecnológica para la Humanidad– es corregido periódicamente. En 1991 se estableció en “17 minutos antes de la medianoche”. En enero de 2018, el reloj se adelantó desde “tres minutos para la medianoche” a “dos minutos y medio para la medianoche” y más tarde fue actualizado, poniendo las agujas a dos minutos para la medianoche.

Atendiendo que Estados Unidos abandonó el acuerdo nuclear iraní, se retiró del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio y rechazó el Acuerdo de París sobre cambio

climático, en enero de 2020 el reloj se adelantó veinte segundos, quedándose a 100 segundos para la medianoche. Si no conseguimos con urgencia un acuerdo ecológico, un *Green New Deal* habrá un desastre, advierte Chomsky.

Para oponer fuerzas a la “Internacional Reaccionaria” Noam Chomsky destaca la importancia de la Internacional Progresista capaz de reunir y organizar la fuerza de activistas y movimientos de todo el mundo, debatir a nivel global un repertorio de alternativas, presentar y exigir soluciones políticas que cambien, radicalmente, el estado de las cosas. Está demostrado, diría Yanis Varoufakis en la misma cumbre, que “el capitalismo no es compatible con la supervivencia humana”. Es necesario y urgente tener un programa y una voz común para salvar el planeta. Gramsci decía que a toda revolución precede una gran conversación. Esperamos que esta Cumbre de la Internacional Progresista sea esta gran conversación.

Internacionalismo o extinción

Nos reunimos en un momento extraordinario, un momento único en la historia de la humanidad, un momento que es tanto un presagio ominoso como la prometedora esperanza de un futuro mejor. La Internacional Progresista debe desempeñar la función crucial de determinar el curso que seguirá la historia.

Nos encontramos en un momento de confluencia de distintas crisis de extraordinaria gravedad, ante las que el destino del experimento humano está literalmente en juego. En algunas pocas semanas, los problemas llegarán a un punto crítico en las dos grandes potencias imperiales de la Era Moderna.

Gran Bretaña está desdibujada y, después de haber declarado públicamente que rechaza el derecho internacional, se encuentra al borde de una ruptura brusca con Europa, camino a convertirse aún más en un satélite estadounidense. Pero, por supuesto, para el futuro lo más relevante es lo que sucede en la hegemonía mundial, menos-

cabada por el poder destructivo de Trump, pero que aún posee un poder abrumador y ventajas incomparables. Su destino, y con él el destino del mundo, tal vez se determine en noviembre.

No es de extrañar que el resto del mundo esté preocupado e incluso horrorizado. Es difícil encontrar un comentarista más sensato y respetado que Martin Wolf del *Financial Times* londinense. Él escribe que Occidente se enfrenta a una grave crisis y que, si Trump es reelecto, la crisis “será terminal”. Son palabras fuertes, pero no se refiere a las grandes crisis que enfrenta la humanidad.

Wolf se refiere al orden global, un asunto crítico aunque no de la magnitud de las crisis que amenazan con consecuencias mucho más graves, las crisis que están moviendo las agujas del famoso Reloj del Apocalipsis hacia la medianoche, hacia la extinción.

El concepto de “terminal” que plantea Wolf no es una nueva adición al discurso público. Hemos vivido bajo su sombra durante 75 años desde que supimos, en un inolvidable día de agosto, que la inteligencia humana había hallado los medios que pronto otorgarían una capacidad de destrucción terminal. Eso fue devastador, pero había más. En ese momento

no se comprendió que la humanidad estaba entrando en una nueva época geológica, el Antropoceno, en la que las actividades humanas saquean el medio ambiente de tal modo que se encamina a una destrucción terminal.

Las agujas del Reloj del Apocalipsis se colocaron por primera vez poco después de que se usaran bombas atómicas en un paroxismo de matanza innecesaria. Desde entonces, las agujas han oscilado conforme a la evolución de los eventos globales. Con cada año que Trump ocupó su cargo, las agujas se acercaron más a la medianoche. Hace dos años estuvieron más cerca que nunca. En enero pasado, los analistas dejaron de contar los minutos y pasaron a calcular los segundos: 100 segundos para la medianoche. Citaron las mismas crisis que antes: las crecientes amenazas de una guerra nuclear, una catástrofe medioambiental y el deterioro de la democracia.

En principio, esto último puede parecer fuera de lugar, pero no lo está. La decadencia de la democracia es sin duda parte del nefasto trío. La

única esperanza de escapar de las dos amenazas de extinción es una democracia vibrante en la que los ciudadanos interesados e informados se involucren plenamente en la deliberación, la formulación de políticas y acciones directas.

Eso fue en enero de este año. Desde entonces, el presidente Trump logró incrementar las tres amenazas, lo que no es algo menor. Continuó con la destrucción del régimen de control de armas, que ofreció cierta protección contra la amenaza de una guerra nuclear, al mismo tiempo que promovió el desarrollo de armas nuevas e incluso más peligrosas, para el deleite de la industria militar. Ante este compromiso firme de destruir el medio ambiente que sustenta la vida, Trump habilitó la explotación petrolera en vastas nuevas áreas, incluida la última gran reserva natural.

Mientras tanto, sus secuaces están desmantelando sistemáticamente el sistema regulatorio que mitiga un poco el impacto destructivo del uso de combustibles fósiles y que protege a la población de los químicos tóxicos y la contaminación, una maldición que ahora es doblemente asesina durante el curso de una grave epidemia respiratoria.

Trump también llevó adelante su campaña para socavar la democracia. Por ley, la designación de cargos por parte del presidente está sujeta a la ratificación del Senado. Trump elude este inconveniente al dejar los puestos vacantes y llenar las oficinas con “nombramientos temporales” que responden a su voluntad. Si no lo hacen con suficiente lealtad al señor, son despedidos. Ha desprovisto al Ejecutivo de cualquier voz independiente. Solo quedan aduladores. El Congreso había establecido hace mucho tiempo la Oficina del Inspector General para controlar el desempeño del Poder Ejecutivo. Los inspectores comenzaron a investigar el pantano de corrupción que Trump creó en Washington. Para resolver esto rápidamente, los despidió. El Senado republicano, firme bajo el control de Trump, apenas se expresó, sin un atisbo de integridad, aterrorizado por la base popular que moviliza Trump.

Esta embestida contra la democracia es solo el comienzo. La acción más reciente de Trump fue advertir que no dejará el cargo si no está satisfecho con el resultado de las elecciones de noviembre. En las altas esferas, la amenaza se toma muy en serio. Para mencionar solo algunos ejemplos, dos altos comandantes militares

retirados muy respetados publicaron una carta abierta al presidente del Estado Mayor Conjunto, el general Milley, en la que destacaban su responsabilidad constitucional de enviar al ejército a destituir por la fuerza a un “presidente ilegal” que se niega a dejar el cargo después de una derrota electoral y que convoca en su defensa al tipo de unidades paramilitares que envió a Portland (Oregón) para aterrorizar a la población que se opuso con firmeza a los funcionarios electos.

Muchas figuras que integran la élite dominante consideran que la advertencia es realista, entre ellas los miembros del reconocido Transition Integrity Project, que acaba de informar los resultados de un “juego de guerra” que realizó para simular los posibles resultados de las elecciones de noviembre. Los miembros del proyecto son “algunos de los republicanos, demócratas, funcionarios públicos, expertos en medios, encuestadores y estrategas más destacados”, explica el codirector del proyecto, que incluye figuras relevantes de ambos partidos. Ante cualquier escenario posible, excepto el de una clara victoria de Trump, los juegos llevaron a algo similar a una guerra civil en la que Trump decide poner fin al “experimento estadounidense”.

Una vez más, son palabras fuertes, nunca antes pronunciadas por las sensatas voces autorizadas. El solo hecho de que surjan tales pensamientos es bastante ominoso. No son aislados. **Y dado el poder incomparable de Estados Unidos, está en riesgo mucho más que el “experimento estadounidense”.**

Jamás sucedió algo similar en la turbulenta historia de la democracia parlamentaria. Sin ir más lejos, Richard Nixon, quien no fue la persona más encantadora en la historia presidencial, tuvo buenas razones para creer que había perdido las elecciones de 1960 debido solo a la manipulación delictiva de los operativos demócratas. Antepuso el bienestar del país por sobre la ambición personal y no impugnó los resultados. Albert Gore hizo lo mismo en el año 2000. Hoy no será así.

Al megalómano que domina el mundo no le basta con forjar nuevos caminos con total desprecio por el bienestar del país. Trump también anunció una vez más que tal vez no acate la Constitución y “negocie” un tercer mandato si decide que tiene derecho a ello.

Algunos eligen reírse de todo esto como si se tratara de la jocosidad de un bufón. Bajo su propio riesgo, como muestra la historia.

La supervivencia de la libertad no está garantizada por “barreras de pergamino”, advirtió James Madison. Las palabras en papel no son suficientes. Se basa en la expectativa de buena fe y decencia común. Trump lo hizo trizas con la ayuda de su coconspirador, el líder de la mayoría en el Senado, Mitch McConnell, quien convirtió a la “cámara deliberativa más grandiosa del mundo”, como se autodenomina, en una broma patética. El Senado de McConnell se niega incluso a considerar propuestas legislativas. Se preocupa por ser dadivoso hacia los ricos y acumular poder judicial, de arriba hacia abajo, mediante jóvenes abogados de extrema derecha concentrados en salvaguardar la reaccionaria agenda Trump-McConnell durante una generación, sin importar lo que el público quiera, sin importar lo que el mundo necesite para sobrevivir.

Resulta bastante notorio el abyecto servicio a los ricos por parte del partido republicano Trump-McConnell, incluso para los estándares neoliberales de exaltación de la codicia. Se evidencia en el ejemplo que proporcionan

los principales especialistas en política fiscal, los economistas Emmanuel Saez y Gabriel Zucman. Describen que en 2018, luego de la estafa fiscal que puede considerarse el único logro legislativo de Trump-McConnell, “por primera vez en los últimos cien años, los multimillonarios pagaron menos [impuestos] que los trabajadores del acero, los maestros y los jubilados”, lo que hizo desaparecer “un siglo de historia fiscal”. “En 2018, por primera vez en la historia moderna de los Estados Unidos, el capital ha sido gravado menos que el trabajo”, lo que constituye una victoria realmente impresionante de la guerra de clases, llamada “libertad” en la doctrina hegemónica.

El Reloj del Apocalipsis se ajustó en enero pasado antes de que se entendiera la escala de la pandemia. La humanidad se recuperará tarde o temprano de la pandemia, a un precio terrible. Es un costo innecesario. Es posible verlo con claridad en la experiencia de los países que tomaron medidas decisivas cuando el 10 de enero China proporcionó al mundo información relevante sobre el virus. Entre ellos, los principales se encuentran en el este y sudeste de Asia, y Oceanía, otros rezagados los siguieron con len-

titud, a la retaguardia, y provocaron verdaderos desastres, en particular los Estados Unidos, el Brasil de Bolsonaro y la India de Modi.

A pesar de la malversación o la indiferencia que caracterizan a algunos líderes políticos, eventualmente habrá algún tipo de recuperación de la pandemia. Sin embargo, no nos recuperaremos del derretimiento de los casquetes polares, ni de la escalada de incendios en el Ártico que están liberando enormes cantidades de gases de efecto invernadero a la atmósfera, ni de los otros pasos que estamos dando hacia la catástrofe.

Cuando los científicos climáticos más destacados nos advierten que ahora sí debemos “entrar en pánico”, no están siendo alarmistas. No hay tiempo que perder. Son pocos los que están haciendo lo suficiente y, lo que es peor, el mundo está maldecido por líderes que no solo se niegan a tomar las medidas necesarias, sino que aceleran la carrera hacia el desastre de forma deliberada. La perversidad de la Casa Blanca lidera esta monstruosa criminalidad.

No son solo los gobiernos. Lo mismo ocurre con la industria de los combustibles fósiles, los grandes bancos que las financian y otras industrias que se benefician de acciones que ponen

en grave riesgo la “supervivencia de la humanidad”, según un memorando interno que se filtró del banco más grande de Estados Unidos.

La humanidad no sobrevivirá a esta perversidad institucional. Los medios para gestionar la crisis están disponibles, pero no por mucho tiempo. Una de las principales tareas de la Internacional Progresista es asegurar que todos entremos en pánico ahora y actuemos en consecuencia.

Las crisis que enfrentamos en este momento único de la historia de la humanidad son, por supuesto, internacionales. La catástrofe ambiental, la guerra nuclear y la pandemia no distinguen fronteras.

De manera menos evidente, sucede lo mismo con el tercer demonio que acecha la Tierra y empuja el segundero del Reloj del Apocalipsis hacia la medianoche: el deterioro de la democracia. El carácter internacional de esta plaga se hace patente cuando analizamos sus orígenes.

Las circunstancias varían, pero poseen orígenes comunes. Gran parte de la perversidad ha perdurado durante los últimos 40 años

como consecuencia del asalto neoliberal a la población mundial.

El carácter básico del asalto quedó plasmado en los pronunciamientos iniciales de sus figuras más destacadas. Ronald Reagan declaró en su discurso inaugural que el gobierno es el problema, no la solución, lo que significa que las decisiones deben trasladarse de los gobiernos, que están en cierta medida bajo control público, al poder privado, que no es responsable ante el público, y cuya única responsabilidad es el autoenriquecimiento, como proclamó el renombrado economista Milton Friedman. Otra de las figuras fue Margaret Thatcher, quien demostró que no hay una sociedad, solo un mercado en el que las personas están destinadas a sobrevivir de la mejor manera posible, sin organizaciones que les permitan defenderse de sus estragos.

Sin saberlo, Thatcher estaba parafraseando a Marx, quien condenó a los gobernantes autocráticos de su época por convertir a la población en un “saco de patatas” indefenso ante el poder concentrado.

Los gobiernos de Reagan y Thatcher se propusieron de inmediato y con admirable consistencia destruir el movimiento obrero, el prin-

principal obstáculo para que los amos de la economía alcanzaran un brutal dominio de clase. Al hacerlo, adoptaron los principios rectores del neoliberalismo establecidos durante sus primeros días en la Viena de entreguerras, donde el fundador y santo patrón del movimiento, Ludwig von Mises, apenas logró controlar su dicha cuando el gobierno profascista destruyó violentamente la vibrante democracia social y los despreciables sindicatos de Austria que estaban interfiriendo con la sólida economía al defender los derechos de los trabajadores. Como explicó von Mises en su clásico neoliberal *El liberalismo*, de 1927, cinco años después de que Mussolini iniciara su brutal régimen: “No se puede negar que el fascismo y movimientos similares que pretenden establecer dictaduras están llenos de las mejores intenciones y que su intervención, por el momento, ha salvado la civilización europea. El mérito que el fascismo ha ganado para sí mismo seguirá vivo eternamente en la historia” (si bien nos aseguró que solo sería temporal). Los camisas negras se irían a casa luego de completar su satisfactoria labor.

Los mismos principios inspiraron un entusiasta apoyo neoliberal a la espantosa dictadu-

ra de Pinochet. Años más tarde, se pusieron en funcionamiento en el escenario mundial de una forma diferente bajo el liderazgo de los Estados Unidos y el Reino Unido.

Las consecuencias eran predecibles. Una fue la fuerte concentración de la riqueza junto con el estancamiento de gran parte de la población, que en el ámbito político se vio reflejado en la socavación de la democracia. El impacto en los Estados Unidos pone de manifiesto con mucha claridad lo que cabe esperar cuando la norma empresarial es prácticamente indiscutible. Luego de 40 años, el 0,1% de la población concentra el 20% de la riqueza, el doble de lo que tenía cuando Reagan fue electo. Los salarios de los directores ejecutivos se dispararon y arrastraron consigo el capital de la administración general. Los salarios reales de los trabajadores hombres que no poseen puestos de supervisión disminuyeron. La mayoría de la población sobrevive de sueldo en sueldo, casi sin ahorros. Las instituciones financieras, en gran parte predatorias, se ampliaron en escala. Hubo repetidas crisis, cada vez más graves, en las que los perpetradores fueron rescatados por el amable contribuyente, pese a que ese es el menor de los subsidios estatales implícitos que reciben. Los

“mercados libres” condujeron a la monopolización y a la reducción de la competencia e innovación, ya que los fuertes fagocitaron a los débiles. La globalización neoliberal desindustrializó al país en el marco de los acuerdos de derechos de los inversores mal etiquetados como “acuerdos de libre comercio”. Al adoptar la doctrina neoliberal que sostiene que “los impuestos son un robo”, Reagan abrió la puerta a los paraísos fiscales y las empresas fantasma, anteriormente prohibidas y restringidas por la aplicación efectiva de la legislación. De inmediato, esta situación propició una enorme industria de evasión de impuestos para acelerar el robo masivo a la población en general por parte de los más ricos y el sector empresarial. El cambio no pasó desapercibido. La escala se estima en decenas de billones de dólares.

La situación se perpetuó, y la doctrina neoliberal se afianzó.

En la época en que el asalto apenas comenzaba a tomar forma, en 1978, el presidente de United Auto Workers, Doug Fraser, renunció a un comité de administración laboral que había establecido el gobierno de Carter, y expresó su conmoción ante el hecho de que los líderes empresariales hubieran “elegido librar una guerra de clases unilateral en

este país, una guerra contra los trabajadores, los desempleados, los pobres, las minorías, los más jóvenes y los más viejos, e incluso contra muchos miembros de la clase media de nuestra sociedad”, y hubieran “quebrantado y descartado el frágil pacto implícito que había existido previamente durante el período de crecimiento y progreso”, durante el período de colaboración entre clases bajo el capitalismo reglamentado.

Su comprensión acerca del funcionamiento del mundo fue algo tardía, de hecho demasiado tarde para defenderse de la amarga guerra de clases que iniciaron los líderes empresariales a quienes pronto los gobiernos obedientes les dieron rienda suelta. Las consecuencias en gran parte del mundo no son sorprendentes: ira generalizada, resentimiento, desprecio por las instituciones políticas, mientras que los principales problemas económicos se mantienen ocultos a la vista gracias a una propaganda eficaz.

Todo esto proporciona un terreno fértil para los demagogos que pueden fingir ser tu salvador mientras te apuñalan por la espalda,

mientras desvían la atención de la culpa que les cabe por tus condiciones mediante chivos expiatorios: inmigrantes, negros, China, quienquiera que se ajuste a los prejuicios de siempre.

Volviendo a las grandes crisis que enfrentamos en este momento histórico, todas son internacionales, y se están formando dos internacionales para enfrentarlas. Una comienza hoy: la Internacional Progresista. La otra ha ido tomando forma bajo el liderazgo de la Casa Blanca de Trump, una Internacional Reaccionaria que comprende los Estados más reaccionarios del mundo.

En el hemisferio occidental, la Internacional incluye al Brasil de Bolsonaro y algunos otros. En el Medio Oriente, los principales miembros son las dictaduras hereditarias del Golfo; la dictadura egipcia de al-Sisi, quizá la más dura en la amarga historia de Egipto; e Israel, que hace mucho tiempo descartó sus orígenes socialdemócratas y se desplazó hacia la derecha, efecto que era previsto como resultado de una ocupación prolongada y brutal. Los acuerdos actuales entre Israel y las dictaduras árabes, que formalizan relaciones tácitas de larga data, son un paso significativo hacia la consolidación de la Internacional Reaccionaria en Medio Oriente. Los palestinos

sufren un fracaso devastador, que resulta ser el destino marcado de aquellos que carecen de poder y no se arrastran adecuadamente a los pies de los amos naturales.

En el Este, un candidato natural es la India, donde el primer ministro Modi está destruyendo la democracia secular de la India y convirtiendo al país en un Estado nacionalista hindú racista, al mismo tiempo que aplasta a Cachemira. El contingente europeo incluye la “democracia antiliberal” de Orban en Hungría y elementos similares en otros lugares. La Internacional también tiene un poderoso respaldo por parte de las instituciones económicas globales dominantes.

Ambas internacionales abarcan buena parte del mundo, una a nivel de los Estados y la otra a nivel de los movimientos populares. Cada una representa de manera prominente fuerzas sociales mucho más amplias, cuyas imágenes de aquel mundo que debería surgir de la pandemia actual son diametralmente opuestas.

Una fuerza está trabajando sin descanso para construir una versión más dura del sistema global

neoliberal, del que se benefició de forma considerable, mediante vigilancia y controles más intensos. El otro anhela un mundo de justicia y paz, donde las energías y los recursos se destinen a atender las necesidades humanas en lugar de las demandas de una pequeña minoría. Es una especie de lucha de clases a escala global, con muchas facetas e interacciones complejas.

No es exagerado decir que el destino del experimento humano depende del resultado de esta lucha. Y ahora tenemos la tarea de ponernos a trabajar.



LIBRERÍA
**LATINOAMERICANA
Y CARIBEÑA DE
CIENCIAS SOCIALES**

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Noam Chomsky nos sitúa en un momento de confluencia de distintas crisis de extraordinaria gravedad, ante las que el destino del experimento humano está literalmente en juego. La única esperanza de escapar de las amenazas de extinción -advierte- es una democracia vibrante en la que las ciudadanas y los ciudadanos se involucren plenamente en la deliberación, la formulación de políticas y las acciones directas.

La biblioteca *masa crítica* pone a disposición de las lectoras y los lectores un conjunto de textos esenciales para interpretar las nevaduras del presente y desplegar las capacidades colectivas para transformarlo.

ISBN 978-987-722-762-8

